

Palabras en los Actos de Grado  
7 y 8 de noviembre de 2013

➤ Saludo protocolar

El Acto de grado está colmado de símbolos y gestos rituales vinculados a la tradición universitaria. La emoción propia de cada graduando, de los familiares y amigos que los acompañan, del claustro de profesores, autoridades y demás miembros de la comunidad universitaria, se revisten de solemnidad con el distintivo traje académico, la medalla, los colores de cada Facultad, las distinciones *cum laude* o *magna cum laude* y palabras sobrias plenas de significado.

Visto desde lejos un Acto de Grado puede parecer anacrónico, como algo anclado en el pasado que se empeña en permanecer en el tiempo. Sin embargo, su significado más profundo está realmente vinculado al futuro. El Acto de Grado simboliza la apuesta por el futuro que hace cada uno de los que recibe su título, las familias y la sociedad que han puesto las condiciones de posibilidad para alcanzarlo y la Universidad que encuentra su razón de ser en apostar por el futuro educando en el presente.

Hacernos conscientes de esta carga simbólica del acto del que somos participantes activos esta tarde es de primordial importancia para los venezolanos de hoy, muy especialmente para quienes habitamos en esta región fronteriza. Los complejos procesos que hemos vivido como sociedad en las últimas décadas enturbian la mirada hacia el futuro y distorsionan la percepción del pasado. Por tanto, necesitamos alzar la mirada para volver a ver el futuro como algo abierto a la novedad. Más aún, necesitamos alzar los corazones de modo que agudicemos nuestra sensibilidad para percibir la densidad humana de los procesos sociales en marcha entre nosotros, en América Latina y en el mundo entero.

El futuro es inédito o no se puede llamar propiamente futuro. Con demasiada frecuencia dibujamos el futuro como una proyección lineal del presente o, peor aún, como un regreso nostálgico a un pasado que la imaginación ha tergiversado hasta presentarlo como tiempos de felicidad perdida. El futuro es tal porque ofrece la oportunidad de dar vida a lo nuevo; la oportunidad de darle vida a lo que no ha existido nunca antes. Más aún, es la oportunidad de lograr aquello que hoy luce imposible. El futuro es tal precisamente porque no está obligado a repetir lo ya sucedido ni a prolongar lo que hoy sucede.

Lo antiguo, por atractivo que pueda parecernos en este momento, forma parte del pasado imposible de repetir. Lo antiguo, las experiencias pasadas, fecundan el futuro sólo si se convierten en *memoria* inspiradora de la capacidad de creación colectiva de unas relaciones más humanas.

La simbología de la que hoy estamos revestidos nos recuerda que la Universidad tiene la misión de hacer de lo antiguo, del pasado, *memoria* que alimente la formación presente, dirija la mirada al horizonte abierto del futuro y eleve los corazones al compromiso solidario de hacerlo posible. Crear conocimiento, transmitirlo en forma innovadora en vinculación de aprendizaje en servicio con la sociedad es lo que constituye la *tradicción* universitaria que representan los símbolos con los que nos investimos en momentos importantes de la vida académica como son los Actos de Grado. Símbolos llenos de la vida de quienes los portan emocionados en el día de hoy, símbolos que nos vinculan con los largos procesos por los que la humanidad ha venido creando y transmitiendo saberes de todo tipo, buscando generar eso nuevo que se encarna en un futuro más humano.

El futuro es posible cuando la libertad es realmente la dimensión constitutiva de los seres humanos y de las relaciones que fundan la vida en sociedad. El futuro nace de las decisiones que tomamos, como personas y como sociedad, en el presente con su inevitable conexión con el pasado, es decir, el futuro se hace en la historia humana.

El pasado como *memoria* trasciende el simple recuerdo de acontecimientos o su conmemoración para convertirse en sustrato de la *sabiduría* capaz de nutrirse de la experiencia y aventurarse a hacer posible lo nuevo, lo que nunca ha sido, lo inédito, el futuro. La Universidad Católica del Táchira lo tiene tan presente que su escudo proclama: *sapientia auro melior est*, lo que podemos traducir como: *más vale Sabiduría que todo el oro*.

Los venezolanos de hoy necesitamos esa *sabiduría* creativa y paciente, capaz de diseñar el horizonte al que se quiere llegar y mantener el rumbo trazado con la constancia que hace posible hacer realidad la novedad futura y compartida. Una *sabiduría* que nos dote de la *paciencia histórica* necesaria para acometer la difícil tarea de restañar las heridas sociales del presente y del pasado, sólo posible si nos encontramos en la tarea común de hacerlo posible.

El espacio común nace del compromiso ciudadano de individuos que se hacen personas al relacionarse con otros para vivir en sociedad. Un título universitario, como el que cada uno de Ustedes recibe hoy, adquiere su verdadero sentido cuando cualifica la relación con los demás ciudadanos y convierte la profesión universitaria en servicio a hacer de la vida común el espacio colectivo de creación de un futuro realizador de los sueños de justicia, fraternidad y paz.

En el espacio público surgen las relaciones de poder por las cuales se deciden los asuntos comunes. El reconocimiento de la existencia de relaciones de poder y de la necesidad de ejercer el poder en la vida social no justifica cualquier forma de poder o de su ejercicio. Lo propiamente humano es el poder político, el poder que ha

superado la imposición del más fuerte y desecha cualquier forma de violencia como instrumento para imponerse sobre el conjunto de la sociedad.

El poder político derivado de la *sabiduría* humana, creativa y paciente, capaz de ir tejiendo el futuro, -esa *sabiduría* más valiosa que todo el oro- parte del reconocimiento de todas las personas y organizaciones, con sus diferencias percibidas como parte de la riqueza con la que se cuenta para construir el futuro en común.

El poder político vinculado a la *sabiduría* crea el espacio en el que caben todos sin miedo a no ser tomados en cuenta o puestos al margen de las decisiones públicas. El poder político cuando toma en cuenta la *sabiduría* garantiza el espacio en el que se hace posible el ejercicio de la libertad humana. Los instrumentos de ese tipo de poder político son el diálogo, la negociación, el respeto a los acuerdos alcanzados y el fortalecimiento de las instituciones que se desprenden de ellos.

La sociedad venezolana está experimentando una enorme dificultad para alzar la mirada más allá de lo inmediato. Sufre una especie de miopía que sólo permite ver el corto plazo. Una mirada incapaz de superar la percepción del tiempo como *kronos*, o sea, el tiempo sin historia, sin procesos de paciente tejido de las relaciones entre los seres humanos, las instituciones y las sociedades. Mirada que termina convirtiéndose en el mayor obstáculo a la creación de una sociedad mejor que la que hoy existe o de la que ha existido en el pasado.

Esa es una mirada completamente alejada de la *sabiduría* a la que venimos refiriéndonos. Es una mirada que busca soluciones en factores extraordinarios, supranaturales, sin relación alguna con decisiones libres de ciudadanos conscientes de sus responsabilidades históricas. Es una miopía producida por una estructura mágica del pensamiento en lugar de la mirada acuciosa de la razón consciente de los complejos procesos de la historia humana.

El pensamiento mágico característico del tiempo vivido solamente como *kronos* se alimenta de la pérdida de la memoria histórica, en una paulatina tergiversación del pasado, para acomodarlo a los prejuicios provenientes de cualquier ideología. Se produce, entonces, una decepción sobre el pasado que impide valorar sin prejuicios simplificadores la complejidad de los procesos sociales que han hecho la historia. Desde esa mirada se hace imposible convertir el pasado en memoria motivadora de los procesos por venir.

La decepción sobre el pasado está normalmente contaminada de voluntarismo y nominalismo. En el voluntarismo se encuentra la fuerza para hacer *a juro* lo mismo que antes, pero convencidos de estar haciendo algo nuevo.

El nominalismo completa la cortedad de esta mirada con su capacidad de cambiar los nombres de las cosas, apellidarlas o adjetivarlas de manera que no se note que es *el mismo musió con diferente cachimba*. El nominalismo es tanto más exitoso cuanto utiliza mejor los nombres, apellidos o adjetivos que aluden a los orígenes de la patria, a sus figuras relevantes, a la nueva fase revolucionaria que completa la gesta independentista, en la que se funda un nacionalismo con su panteón de próceres antiguos y actuales.

Desde la *sabiduría*, en cambio, la historia es *kairós*, oportunidad de generar lo nuevo desde una visión de largo plazo, afincada en el pensamiento estratégico capaz de orientar procesos que lleven a dejar atrás el imaginario del siglo XX y pensar la Venezuela postrentista, postpetrolera, democrática, pluralista, integrada con los países de América Latina, en un mundo multipolar capaz de caminar hacia la justicia social.

Los símbolos que nos identifican como universitarios nos recuerdan nuestra convicción de la posibilidad de hacer surgir lo nuevo de la historia. Estamos invitados a contribuir a romper el círculo vicioso en el que está atrapada la política venezolana con polos que viven de espaldas el uno al otro, sin mirar a la gente a los ojos, abusando de un lenguaje descalificador que termina etiquetando posiciones y personas en forma irreconciliable, negando, incluso, las posibilidades de comunicación.

Es, por tanto, necesario insistir sobre la cuestión de la ciudadanía como dimensión constitutiva de la creación del futuro novedoso. Contribuir a gestar la novedad como futuro parte de hacerse ciudadano y constructor de ciudadanía. Un pueblo de ciudadanos es la base sólida de la acción política capaz de transformar estructuralmente las relaciones sociales, es decir, de abrirse al futuro, a conciencia de que se trata de un camino largo y lleno de obstáculos. Camino que es necesario recorrer palmo a palmo y paso a paso. Camino por el que no se avanza volando ni es posible acortarlo cambiando camino por veredas. Tampoco se hace camino sentado al borde o paralizado frente a alguno de los muchos obstáculos que existen. No es cuestión del talante optimista o pesimista de cada uno, como algunos pretenden, sino de elegir hacerse ciudadano, parte activa del pueblo organizado, alzar la mirada hacia el largo plazo y asumir de corazón el compromiso de contribuir a la construcción del futuro.

La tradición universitaria que estamos haciendo presente simbólicamente en este Acto de Grado se convierte así en invitación a cada uno de nosotros a recuperar la historia como memoria popular motivadora, a adquirir la paciencia histórica como la mayor virtud política y contribuir a mantener el rumbo estratégico hacia el futuro.

Desde la Universidad Católica del Táchira sabemos, además, que la fe, esa experiencia profunda de sentirse acompañado por Dios en el camino de la vida personal y en la historia humana, es también *memoria del futuro*, pues alimenta la esperanza de la promesa hecha por el Señor de la posibilidad de participar de la mesa bien servida de fraternidad, la justicia, la paz, sostenidas en el Amor. Una esperanza que nos impulsa a hacer eso que esperamos, a vivir desde ahora fraternamente.

Que María la Inmaculada Concepción, patrona de la UCAT, nos regale a todos los aquí presente en este día la mejor de sus bendiciones: ponernos con su Hijo Jesús, el enviado de Papá Dios para abrirnos el camino del futuro desde la entrega amorosa de nuestras vidas.

Muchas Gracias